

¿A esto hemos llegado?

(Jueces 19–21)

«Esto que sucedió, realmente lo deja a uno estupefacto. Todos los días cree uno que ya ha visto cuán malo se va a poner el mundo, y sucede una cosa así».¹ Las anteriores fueron las palabras que dijo el abogado acusador de Chicago, Kay Hanlon, a raíz del asesinato de Eric Morris, un niño de cinco años al que arrojaron, causándole la muerte, desde el decimocuarto piso de un proyecto habitacional de Chicago. Dos sospechosos, un niño de diez años y otro de once, fueron acusados del asesinato. Según parece, estos dos niños «mayores», querían que Eric fuera a robar unos dulces para ellos, y cuando éste se negó, lo arrojaron por la ventana. El hermano mayor de Eric, Derrick, trató de evitarlo e, incluso, logró agarrarlo y ya lo tenía a salvo. Luego, en la más inimaginable acción de todo este inimaginable evento, uno de los asesinos mordió el brazo de Derrick, obligándolo a soltar a Eric, dando como resultado que el pequeño se precipitara catorce pisos abajo, donde murió. Se nos parte el corazón, y nuestro espíritu gime, al vernos otra vez espantados por la insensible violencia del mundo. Cada vez que creemos que ya hemos visto lo peor, estamos propensos a llevarnos la brutal sorpresa de que las malas noticias pueden empeorar, y han ido empeorando. Si usted cree que ya lo ha «visto todo» en Jueces, lamento tener que darle la mala noticia de que ¡se va a poner peor!

UN LEVITA Y SU CONCUBINA

Cuando yo era estudiante de primer año de

¹“2 admit pushing boy, 5, 14 floors to his death” («Dos reconocen culpa en caso de niño de cinco años que muere al ser arrojado desde decimocuarto piso»), *Arkansas Democrat-Gazette* (15 October 1994): 3A.

una universidad cristiana, tuve a un profesor visitante, de Inglaterra, para la clase de «Introducción al Antiguo Testamento». Como se había propuesto enseñarnos el contenido de los primeros treinta y nueve libros de la Biblia, nos llevó, página tras página, a través de las narrativas y códigos legales. Nada omitió hasta que llegamos al capítulo 19, de Jueces. Todavía recuerdo el semblante de incomodidad que adoptó el día que nos dijo que los tres últimos capítulos no debían ser analizados en presencia de compañía mixta, así que iba a omitirlos en clase. (¡Esto significa, por su puesto, que esta fue una sección que *todo el mundo* en la clase leyó!) Aunque no estoy de acuerdo con las palabras de mi profesor, en el sentido de que este material es inapropiado para el análisis en público, entiendo perfectamente por qué él pensaba así.

La última narrativa de Jueces no se encuentra en esa parte del texto, porque haya sucedido después de las otras historias; no hay duda de que está allí, de último, porque ¡es la demostración más detestable, más repugnante y más nauseabunda, de la infidelidad de Israel que hasta ahora habíamos visto! Abimelec fue terriblemente malo, y Sansón tenía los valores morales de un perro; pero ¡el drama final del libro de Jueces, abarca la vorágine descendente de *toda* la nación de Israel!

La historia comienza con un levita de Efraín, el cual tomó una concubina de Belén de Judá. El estatus social de ella era como el de una esposa, pero es probable que tuviera menos derechos que ésta. Con el tiempo, se enojó con su marido y lo abandonó, yéndose a casa de su padre. Cuatro meses después, el levita tomó a su criado y un par de asnos y se fue a Belén a reclamar a su concubina.

Sería interesante tener conocimiento, a estas alturas, de las normas culturales y legales que privaban en aquellos tiempos, y de lo que el levita debía hacer para que la joven regresara a casa con él. En muchas culturas, incluso hoy día, las familias de una pareja de casados continúan influyendo en el matrimonio, con el fin de ver que ambos sean tratados justamente, y de que ambos se mantengan fieles a su compromiso. Una de las tristes consecuencias de la alta movilidad y de la tenaz independencia de la cultura estadounidense, es que las parejas de matrimonios con problemas, muy a menudo se ven privadas de recursos, y tienen que hacerle frente ellas solas a sus problemas.

Cuando viví en Kenya, tuve un amigo que se casó siguiendo la típica costumbre africana de pagarle a la familia de la esposa una dote de varias cabras, una vaca, y algo de efectivo para poder casarse con ella. Como mi amigo demostró después ser un esposo no apto, que descuidaba sus responsabilidades y gastaba mucho dinero en cerveza, su esposa regresó a casa de sus progenitores. Cuando fue a reclamarla, los ancianos de la aldea le dijeron que, como él había tratado a su esposa tan deficientemente, era obvio que no había pagado suficiente por ella al comienzo. En consecuencia, le exigieron que le pagara con más animales y dinero todavía, al padre de su esposa para poder llevársela otra vez a casa.

En una cultura muy diferente, pero con un efecto parecido, mi padre le dijo algo a mi esposa poco antes de casarnos; y lo hizo con el fin de hacerle saber que su nueva familia extendida, iba a hacer todo cuanto estuviera a su alcance, con el fin de procurar que fuera tratada bien. Haciéndole entrega de un pesado rodillo de madera (como una broma —imagino), le dijo en mi presencia: «¡Yo conozco a Bruce como hijo, pero no sé qué clase de esposo irá a ser. Ann, si algún día le pone sus manos encima, dígamelo!». Al comienzo me lastimó. ¿Cómo podía él abrigar semejante duda? ¡Por supuesto que jamás le di razón alguna para que dijera algo así! Hoy día, que soy padre de dos hijas, veo las cosas desde una perspectiva diferente. Heorado por que mis hijas lleguen a tener suegros que les digan lo mismo algún día. ¡Si sus suegros no les dicen algo así, puede apostar que yo sí lo haré!

Cualesquiera hayan sido las negociaciones concretas que se dieron entre el levita y su suegro, lo cierto es que la relación fue restaurada y el levita hizo preparativos para regresar a casa. La concubina del levita parece haber sido una participante silenciosa en todo el proceso. ¡Sería en vano tratar

de encontrar algo que ella dijera en todo el relato! Después de cinco días de «comer y beber», el levita, su criado, sus dos asnos y su concubina emprendieron el regreso a Efraín. Debido a que, por su falta de previsión, salieron avanzada la tarde, se vieron obligados a pasar una noche en una de las ciudades camino a casa. El criado quería que se detuvieran en Jebús (la que después llegaría a ser Jerusalén), pero el levita declinó la idea diciendo: «No iremos a ninguna ciudad de extranjeros, que no sea de los hijos de Israel, [...]» (19.12). Siguieron hasta Gabaa en Benjamín, adonde llegaron después de que oscureció, se sentaron en la plaza de la ciudad, y esperaron a que alguien los recibiera para pasar la noche.

Un anciano que vivía en la ciudad, vio a los viajeros cuando regresaba de sus labores en el campo. Conociendo los peligros a los que se exponían, si pasaban la noche allí, los invitó a su casa, donde los alimentó y cuidó de sus animales. Unos hombres perversos de aquella ciudad, rodearon la casa, golpeando a la puerta, diciendo: «Saca al hombre que ha entrado en tu casa, para que lo conozcamos» (19.22). Los violentos homosexuales de este relato son una señal de la decadencia moral en la que había caído Israel. En vista de que este tema ha llegado a ser muy polémico en los Estados Unidos de hoy día, quisiera hacer un paréntesis momentáneo en el relato sobre el levita, para tocar este asunto.

HOMOSEXUALIDAD NO TAN GAY

Estuve al frente, durante un par de años, de un grupo de apoyo para estudiantes universitarios que estuvieran teniendo problemas con la homosexualidad en la vida de alguien que fuera amigo o pariente de ellos. Para algunos era su mejor amigo; para otros era su padre o hermano. Nuestras reuniones semanales constituían experiencias maravillosas, aunque a veces dolorosas. Con el tiempo, el grupo, incluso, atrajo a unas pocas personas que estaban luchando con la homosexualidad en sí mismas. Hallaron que la atmósfera era de amor, de comprensión, de apoyo, aun cuando los demás estaban firmemente en contra de la conducta homosexual. A partir de esa experiencia, he llegado a conocer a varias personas que luchan con la atracción hacia su mismo sexo. Amo profundamente y le tengo una gran paciencia a mis hermanos y hermanas que están tratando de vivir en pureza y que me dicen: «Todas las noches me acuesto orando por que al despertar me haya convertido en heterosexual». Creo que una cosa son los sentimientos homosexuales y otra la

conducta homosexual. Creo que todos los homosexuales son acreedores de nuestro amor, porque Dios los ama. Los homosexuales constituyen para la iglesia, una de las oportunidades más grandiosas para poner en práctica aquello de «amar al pecador y odiar el pecado». Debemos evitar los extremos del odio por un lado, y de las concesiones morales por el otro. Los cristianos deben estar en contra, tanto de la conducta homosexual, como de la persecución en contra de los homosexuales.

Dentro de esta atmósfera de amor, paciencia y perdón, debe hacerse hincapié en que la conducta homosexual es una perversión de nuestra naturaleza humana tal como Dios la creó, y que es una señal de depravación. Cuando Pablo describió la iniquidad del mundo de los gentiles, él usó la conducta homosexual como un indicador clave. Esto fue lo que expresó acerca de los que habían rechazado a Dios y habían sido indiferentes a la verdad:

Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío (Romanos 1.26–27).

Una descripción como la anterior no constituye abstracción teológica; es una clara descripción de la conducta homosexual. No lo describe como «un estilo de vida alternativo»; sino ;como un modo de vida pervertido, destructivo y violento!² En cuanto a los detalles de esta otra historia, ahora siento que, al igual que mi profesor de Antiguo Testamento, debo decirle esto: Infórmese de ello por sí mismo en la privacidad de su casa.

Sin embargo, el generalizado libertinaje de la comunidad homosexual debe ser conocido por una sociedad que parece dar cabida a la conducta homosexual, como si se tratara de una sencilla cuestión de preferencia personal. En un excelente artículo aparecido en *Christianity Today*, Stanton L. Jones escribió:

[...] la homosexualidad masculina tiende a estar relacionada estrechamente con la promiscuidad: El famoso estudio de Ball y Weinberg (Homosexualidades) sugirió que cerca de una parte de los gays han tenido cerca de 1.000

² Steve Farrar, *Point Man (Hombre del frente)* (Portland, Ore.: Multnomah, 1990), 124–25. F. LaGard Smith, *Sodom's Second Coming (La segunda venida de Sodoma)* (Eugene, Ore.: Harvest House Publishers, 1993), 101–15.

parejas en sus vidas. Son muy pocos los gays que mantienen relaciones de compromiso a largo plazo; Ball y Weinberg hallaron que menos del diez por ciento de los gays son parte de tales relaciones. Los que forman relaciones estables no tienden a ser monógamos. McWhirter y Mattison (La pareja gay), hallaron que un cero por ciento de las parejas gays estables que ellos estudiaron, eran sexualmente monógamas después de haber estado juntas durante cinco años.³

Lo que en foros públicos se conoce como «gay» hoy día, suena trágicamente triste.

REANUDACIÓN DEL RELATO

Como los hombres de la ciudad continuaron golpeando a la puerta, exigiendo que el huésped les fuera entregado para «conocerlo», el anfitrión salió para tratar de negociar con la turba. En una acción característica de la hospitalidad oriental que me maravilla, y a la vez me repugna, les ofreció a los hombres su hija virgen y la concubina del levita para que se complacieran, a cambio de que dejaran al levita en paz. Como rehusaron irse, el levita tomó a su concubina y la arrojó a la enloquecida turba.

[...] y entraron a ella, y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana, y la dejaron cuando apuntaba el alba. Y cuando ya amanecía, vino la mujer, y cayó delante de la puerta de la casa de aquel hombre donde su señor estaba, hasta que fue de día (19.25–26).

A la mañana siguiente, el levita, uno de los personajes más cobardes y repugnantes de toda la Biblia, salió a la puerta para hallar a su concubina tendida delante de la puerta. Sin saber que había muerto, le exigió cruelmente: «Levántate, y vámonos» (19.28). Cuando descubrió que estaba muerta, la echó sobre un asno y prosiguió su viaje a casa.

Aunque el relato ya es malo a estas alturas, déjeme decirle que todavía falta lo peor. Cuando el levita llegó a su casa, tomó el cadáver de su concubina y lo partió en doce partes, y envió una parte a cada región del territorio de Israel. La respuesta de Israel se parece mucho a las cosas que decimos cuando oímos que un niño de cinco años fue arrojado por la ventana de un apartamento a encontrarse con su muerte, allá abajo:

Y todo el que veía aquello, decía: Jamás se ha hecho ni visto tal cosa, desde el tiempo en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto

³ Stanton L. Jones, “The Loving Opposition” («La oposición amorosa»), *Christianity Today* (19 July 1993): 23.

hasta hoy. Considerad esto, tomad consejo, y hablad (19.30).

En nuestro idioma actual, este fue su clamor: «¿A esto hemos llegado?».

Los dos capítulos que siguen, relatan las repercusiones que tuvo el triple suceso de violación, asesinato y mutilación de la concubina del levita. El resto de Israel se levantó contra la tribu de Benjamín, en cuyo territorio se había cometido tal atrocidad. Los arrogantes benjamitas rehusaron entregar a los culpables de aquella barbaridad, así que estalló la guerra civil en la tierra. A pesar de que los aventajaban en número (26.000 contra 400.000), los benjamitas opusieron valiente resistencia al principio; pero al final fueron arrasados, ¡quedando solamente 600 hombres de la tribu entera! Cuando el resto de Israel se tranquilizó y volvió en sí, se dieron cuenta de que habían hecho algo terrible. Arrepentidos, emprendieron la búsqueda de esposas para los benjamitas sobrevivientes. En el proceso de «rectificar» la situación, sencillamente multiplicaron la muerte e iniquidad de la tierra. Todo el libro de Jueces llega a su final con el conocido estribillo que se da cuatro veces en los últimos cinco capítulos: «En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (21.25).

¡BASTA!

La gente tiene la extraña costumbre de adaptarse a los cambios que les rodean y, sin darse cuenta, aceptarlos como normales. En los Estados Unidos de hoy día hemos aceptado como «cosa normal» los cerrojos de seguridad en nuestras puertas, los policías en nuestras escuelas y las cámaras de vigilancia en nuestros estacionamientos. La vida sigue su curso más o menos hasta que, de vez en cuando, algo sucede que de sobresalto nos saca de nuestro trance y hace que exclamemos con todo nuestro ser: «¡Basta! ¡No más!».

El patético levita y la trágica historia de su concubina dejó a Israel exclamando del mismo modo. El último episodio de Jueces presenta, tal como un escritor lo hizo notar, «el nivel de moralidad más bajo al cual había descendido Israel hasta ese momento de su historia».⁴ El sueño de Israel había fracasado. La teocracia estaba muerta, pero este fracaso no fue causado por la invasión extranjera ni el colapso económico. Más bien, fue la

⁴ E. John Hamlin, *Judges: At Risk in the Promised Land* (*Jueces: En riesgo en la Tierra de Promisión*) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1990), 159.

infidelidad de un pueblo obstinado e inconstante, la que demostró que no era factible la idea de «una nación bajo Dios». Israel necesitaba un rey. Es de este modo, que los eventos de Jueces preparan el escenario para la entrada de Saúl,⁵ David y Salomón, al demostrar que hasta un rey malo, era preferible, al completo caos que arrasó la tierra.

CONCLUSIÓN

Las repercusiones de todo lo anterior para la sociedad estadounidense, son espantosas. ¿Se aproxima el tiempo cuando sacrifiquemos nuestra libertad a cambio de la seguridad? Charles Colson advirtió sobre las horribles consecuencias del caos en nuestros tiempos. Escribiendo sobre la necesidad crítica de cultivar la conciencia en la sociedad estadounidense, expresó:

La tarea urge. Si no aprendemos a cultivar la conciencia —si la verdad continúa siendo relegada— entonces la tiranía avanzará con toda certeza. Para acabar la guerra de todos contra todos, el Estado desenvainará el poder de la espada contra todo ciudadano.

Y lo más triste es que será recibido como un anhelado alivio.⁶

¿Iremos a acabar en la situación que Colson ha anunciado, o nos volveremos a Dios genuinamente arrepentidos antes de que sea muy tarde?

La idea de que el caos de hoy día pueda dejarnos buscando un rey, no es del todo mala. De hecho, podría ser la más esperanzadora señal de nuestra tierra. Llega un momento en el cual las cosas se vuelven tan malas, que la gente comienza a buscar a alguien que los libere. Hace algunos años, Francis Fukuyama creó gran agitación en círculos académicos con un artículo suyo intitolado: «¿El fin de la historia?».⁷ En éste, él alegaba que, con la emergencia de la «democracia liberal occidental como la forma definitiva de gobierno humano», podíamos haber llegado a la última etapa de «la evolución ideológica de la humanidad». Aun si estuviéramos viviendo en los tiempos del «fin de la historia», todavía estamos dolorosamente conscientes de las limitaciones de nuestra sociedad. No hay gobierno que pueda «reparar» lo que anda mal con la especie humana. Son innegables las

⁵ Lo irónico de esta historia es que el primer rey de Israel no sólo provino de la tribu de Benjamín, ¡sino también de la ciudad de Gabaa!

⁶ Charles Colson, "Begging for Tyranny" («Se está pidiendo a gritos la instauración de una tiranía»), *Christianity Today* (7 March 1994): 80.

⁷ Francis Fukuyama, "The End of History?" («¿El fin de la historia?»), *The National Interest* (Summer 1989): 3–18.

siguientes verdades:

- No hay gobierno que pueda hacer a la gente buena.
- No hay economía que pueda cultivar el amor en el corazón humano.
- No hay presidente que le pueda dar sentido a la vida.
- No hay partido político que pueda devolverle la estabilidad a la familia.
- No hay forma de prosperidad que pueda responder la interrogante que nos plantea la muerte.

Se nos deja con la certeza de que necesitamos algo más, algo diferente. ¡Necesitamos un rey! La actual crisis puede hacer que se abra una puerta para las buenas nuevas de Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, una puerta que se abrirá para muchos. Él es el único que puede salvar nuestras almas, nuestras familias, nuestras ciudades y nuestras naciones. Así como Él anduvo en medio de un mundo lleno de dolor, de odio, de decadencia y de muerte, al cual llevó amor, esperanza, consuelo y salvación hace casi dos mil años, también puede traer esta misma sanidad a una sociedad enferma. Al final de Jueces, a los israelitas no les quedó otra más que volver a casa (21.24) y preguntarse: «¿En qué irá a acabar este mundo?». Usted y

yo nos encontramos en una situación diferente. Conocemos la respuesta. ¡Tenemos nuestro Rey! ¡Hay buenas nuevas en la tierra! Puede que nos cause tristeza la violencia e impiedad de nuestro mundo, pero no nos entristecemos «como los otros que no tienen esperanza» (1^{era} Tesalonicenses 4.13). No tenemos motivo para extender nuestras manos al cielo pidiendo explicaciones. No tenemos motivo para desesperarnos. Sabemos en qué va a acabar el mundo. En Filipenses 2.10–11, nos habla de un día cuando «en el nombre de Jesús se [doblará] toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua [confesará] que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre».

Hebreos 12.2

[...] puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

¡Con un Rey que le restaura el orden al caos de nuestras vidas, podemos levantar cabeza —aún cuando el mundo se encuentre en una vorágine descendente! ■

©Copyright 2001, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados